

¿GUERREROS O BANDOLEROS? LAS FORMAS DE COMBATE DE LOS PUEBLOS DE LA MESETA OCCIDENTAL A PARTIR DEL ARMAMENTO DE LOS YACIMIENTOS ABULENSES (SS. V-I A.C.)

DAVID SÁNCHEZ NICOLÁS

david_sn10@hotmail.com

CRISTINA M^a MATEOS LEAL

cuelebrecml@hotmail.com

Universidad Autónoma de Madrid

RESUMEN

El armamento de los castros abulenses es ampliamente conocido desde las primeras excavaciones efectuadas en la década de los 30 por J. Cabré, en paralelo a estudios similares realizados en otras zonas del Valle del Duero. Todos ellos nos transmiten una imagen de los pueblos de los territorios interiores de la Península Ibérica que nos habla de guerreros que basaban sus formas de combate en el conocimiento del terreno y ataques rápidos ¿Pero hasta qué punto esta imagen es real?

El objetivo de este texto es presentar las asociaciones de los distintos tipos de armas documentadas en los yacimientos abulenses para a partir de ellas reconstruir la “panoplia” de sus guerreros y, tomando ésta como base, abordar el complejo tema de las formas de combate de los pueblos de la Meseta Occidental durante la Segunda Edad del Hierro.

Palabras clave: Edad del Hierro, vettones, guerreros, armamento, tácticas.

ABSTRACT

The weapons from the Ávila hill forts is widely known since the first excavations carried out in the 1930's by J. Cabré, in parallel to similar studies in other areas of the Duero Valley. All of them passed us a picture of the peoples from the central lands of the Iberian Peninsula that shows warriors who based their methods of combat in the knowledge of the terrain and fast attacks. But is this picture real?

The objective of this text is to present the associations between different types of weapons that have been found in the hill forts and using them rebuild the “panoply” of his warriors and, on this basis, speak about the complex issue of tactics of combat used by the peoples from the Western Plateau during the second Iron Age.

Keywords: Iron Age, vettones, warriors, weapons, tactics of war.

Desde la década de 1930 los poblados y necrópolis de la protohistoria abulense han llamado la atención de la arqueología, y desde estas mismas fechas se han llevado a cabo diversas excavaciones centradas especialmente en las necrópolis de los castros de Las Cogotas y La Mesa de Miranda, de la mano de Juan Cabré, uno de los grandes arqueólogos españoles de principios de siglo (Blánquez y Rodríguez, 2004).

Estas excavaciones dieron lugar a la publicación íntegra de la necrópolis de Las Cogotas en el año 1932 por parte de Juan Cabré, y del poblado y una de las seis zonas de la necrópolis de La Mesa de Miranda de la mano de su hija, M^a. Encarnación Cabré. Sin embargo, la muerte de J. Cabré, dejó en suspenso la publicación de las otras cinco zonas excavadas, limitándose su hija en las décadas siguientes a sacar a la luz algunas de las tumbas más espectaculares, pero quedando la mayor parte de la necrópolis en la sombra.

En los años siguientes son escasos los estudios en profundidad sobre los poblados o necrópolis abulenses, hasta que en la década de los 80 se asiste a un resurgimiento de las excavaciones arqueológicas en busca de los vestigios de unos pueblos a los que los romanos, que invaden la Península Ibérica en los últimos siglos antes del cambio de Era, denominan vettones. Así, comienzan las excavaciones en la zona de El Raso, dando como resultado a día de hoy el hallazgo de dos poblados de distintas épocas de la Protohistoria, y la necrópolis de uno de ellos. Poco después comienzan de nuevo los trabajos en la zona de Sanchorreja, sacando a la luz el castro y la necrópolis de Los Castillejos.

En los últimos años han continuado las intervenciones arqueológicas de El Raso, así como en otros yacimientos apenas prospectados en las décadas anteriores, como Ulaca, retomándose al tiempo las excavaciones de asentamientos emblemáticos ya de la zona, como La Mesa de Miranda.

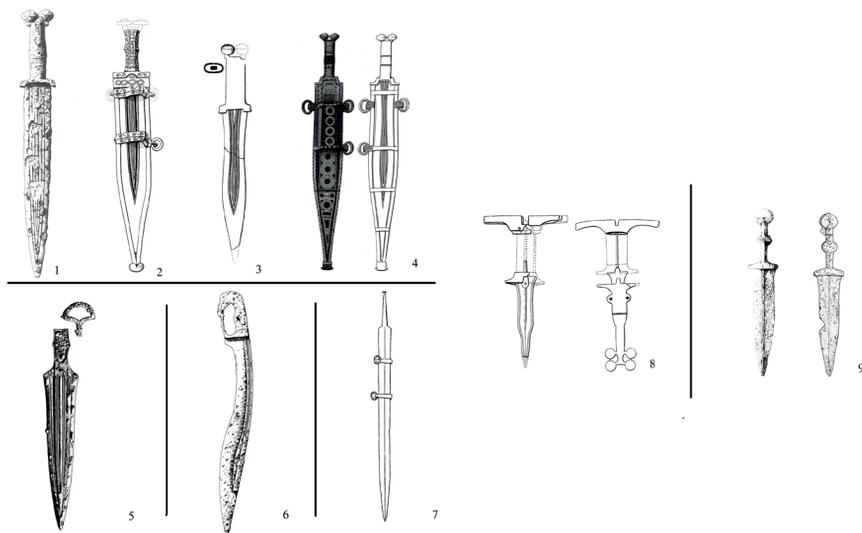


Figura 1: Espadas y puñales documentados en la zona abulense durante la II Edad del Hierro: 1.- Aguilar de Anguita. 2.- Alcacer do Sal. 3.- Atienza. 4.- Arcóbriga. 5.- Frontón. 6.- Falcata. 7.- La Tène. 8.- Monte Bernorio-Miraveche. 9.- Biglobular.

Desde un primer momento uno de los aspectos de los pobladores de estos asentamientos que más ha llamado la atención ha sido el del armamento. Los estudios de J. Cabré, así como otros paralelos que se realizaron en los mismos años en otras zonas del Valle del Duero pusieron los cimientos de nuestro conocimiento sobre las armas y los guerreros de las poblaciones que durante la II Edad del Hierro se asentaron en la Meseta Occidental. Desde aquellos primeros años se ha reconstruido una imagen de los pueblos del interior peninsular que nos hablaba de guerreros bravos y temibles, que basaban sus formas de combate en el conocimiento del terreno, con ataques rápidos, más similares a las tácticas de guerrilla que a auténticas batallas, imagen en gran medida influenciada por las narraciones de los autores grecolatinos que relatan la conquista de los territorios del Valle del Duero por parte de Roma. Pero, ¿sería esta realmente la forma de combate empleada por los guerreros de la Meseta para hacer frente a las legiones de Roma? Y de ser así, ¿podemos tener la certeza de que estas tácticas reflejaran la realidad de los guerreros y los combates que durante la II Edad del Hierro, antes de la llegada de Roma, se desarrollaran entre las poblaciones indígenas?

Para responder a esta pregunta, además de las propias fuentes clásicas, debemos volvernos fundamentalmente hacia el registro arqueológico, esto es, los datos que durante el último siglo han ido recuperándose de los poblados y necrópolis de la II Edad del Hierro en la zona abulense. Pero antes de continuar parece necesario aclarar el término de "zona abulense", que se empleará frecuentemente a lo largo del texto y delimita geográficamente el ámbito de estudio que se pretende abarcar.

Los pueblos que hoy se conocen como vettones han sido enmarcados por la arqueología en las tierras de Ávila, Sa-

lamanca, el occidente de Toledo y la Alta Extremadura, un territorio amplio en el que sin duda debieron existir particularismos regionales, pero en el que se pueden ver también una serie de elementos culturales comunes que permiten su estudio en conjunto. El armamento de este territorio, en el que los romanos encontraron asentados a unos pueblos que ellos denominaron vettones, pretende ser el objeto de una futura tesis doctoral. Por ello, se ha limitado por ahora el marco geográfico de estudio a la provincia de Ávila, incluyéndose así los asentamientos del valle del Ambles y la zona de El Raso, por sus evidentes paralelos con el resto del territorio.

Centrándonos ya en el tema de este trabajo, el de las formas o tácticas de combate de los guerreros que habitaron la zona abulense durante la II Edad del Hierro, es posible partir de la base de la existencia de tres elementos íntimamente ligados que constituirían los tres pilares básicos de la guerra en la Antigüedad: los sistemas de fortificación, el armamento y las tácticas de combate, de modo que un cambio en cualquiera de ellos, alteraría inevitablemente los restantes (Cabré y Baquedano, 1991). Sin embargo en los últimos años se ha ido dando cada vez más importancia a los factores simbólicos de los sistemas defensivos de los pueblos de la Meseta Occidental durante la II Edad del Hierro, poniéndolos a menudo en relación

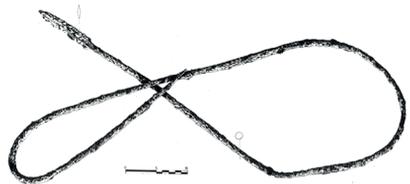


Figura 2: Soliferrum de la sepultura 63 de la necrópolis de El Raso (Fernández Gómez, 1986).

con campos complejos como el de la imaginería del poder, que alterarían profundamente sus aspectos funcionales (Berrocal-Rangel, 2004; Ruíz-Zapatero, 2005:13; Álvarez Sanchís, 2007: 246), contándose entre los castros vettones algunos de los ejemplos más característicos de este tipo de construcciones, como la muralla ciclópea del tercer recinto del castro de la Mesa de Miranda (Chamartín de la Sierra, Ávila) o el inmenso campo de piedras hincadas del Castro de El Castillo (Saldeana, Salamanca).

Por ello vamos a centrarnos fundamentalmente en el armamento, tratando de dar una visión de conjunto del armamento vettón de la zona abulense, que nos permita reconstruir la posible “panoplia”¹ guerrera de estos pueblos y su evolución a lo largo de los últimos siglos de vida de su mundo, hasta la aparición de Roma en sus tierras, y a partir de esta tratar de conocer el modelo de lucha empleado por sus guerreros. En este sentido, pese a la complejidad que deriva de tratar de dividir una proceso evolutivo como el que parece que se puede ver en la conformación del modelo armamentístico de la zona abulense, en gran medida, puede encuadrarse en tres fases, definidas ya por M^a. E. Cabré e I. Baquedano (1997: 259) en su estudio sobre el armamento céltico de la II Edad del Hierro, y precisadas por J. Álvarez Sanchís (1999: 178 ss.) y A. J. Lorrio (2008) en el caso de los vettones.

FASE I. LA PRIMERA “PANOPLIA” COMPLEJA (SIGLOS V-1/2 IV A.C.).

Esta primera fase del armamento vettón de la zona abulense comenzaría aproximadamente con la II Edad del Hierro, surgiendo ahora, o más bien volviendo

¹ Es necesario precisar que no nos referimos aquí, con el término panoplia, al equipamiento uniformado de un soldado, sino que lo usamos en un sentido más general, como conjunto de armas frecuentes entre los guerreros.

a utilizarse, otros tipos de armas, tanto ofensivas como defensivas, que conforman un equipo complejo en el que se pueden distinguir ya armas principales, secundarias y armamento defensivo.

Aquí se encuadraría la fase de formación de la “panoplia” guerrera de la zona abulense propiamente dicha, de modo que, aunque a lo largo de los siglos siguientes hasta la conquista romana esta iría sufriendo cambios sustanciales, el modelo básico seguiría siendo el mismo.

Se trata de un momento en el que las formas externas adquieren una gran importancia, hasta el punto que al referirse a esta fase del armamento meseteño, M^a. E. Cabré e Isabel Baquedano hablan de una “panoplia” compleja de gran influencia aquitana y langedociese (Cabré y Baquedano, 1997: 259).

Sin duda esta influencia ultrapirenaica se refleja en la aparición en la “panoplia” celtibérica de la espada de antenas atrofiadas, que en el modelo Aguilar de Anguita llegará rápidamente hasta la Meseta Occidental, convirtiéndose en uno de los elementos más representativos de esta fase del armamento vettón (Fig. 1.1).

Del mismo modo, la aparición de los soliferra, procedentes también del sur de Francia, nos obliga a recordar que a pesar de la indudable importancia que cobraría la espada entre los guerreros del siglo V a.C., las armas de asta siguen siendo el elemento fundamental de su modelo armamentístico, ya sean arrojadas, como estos característicos proyectiles de hierro (Fig. 2), o de combate cuerpo a cuerpo, como las lanzas con punta y regatón de hierro que no dejan de suponer el tipo de arma más frecuente encontrada tanto en los poblados como en las necrópolis de la época.

El frecuente hallazgo de estas armas de asta por parejas en los ajueres

de guerrero ha llevado a suponer, dada la tipología y dimensiones de las piezas concretas, que la "panoplia" típica de los guerreros de la zona abulense estaría formada por dos armas de asta, una de combate, que se identifica claramente con las largas puntas de lanza de hierro acompañadas de regatones, y otra de menores dimensiones que se emplearía como arma arrojadiza, y que se identifica en el registro arqueológico con los *soliferra* y las puntas de menor tamaño, acompañadas también de regatones.

Por lo que respecta a los escudos, desde esta época sabemos que el tipo predominante, y probablemente exclusivo, de la zona abulense es el de *caetra* circular, que en esta segunda fase se refuerza en ocasiones con umbos metálicos de apéndices radiales, típico de las necrópolis celtibéricas de este siglo.

Sin embargo, a pesar de la indudable influencia céltica o centroeuropea que adquiera la "panoplia" vettona en estos momentos, no por ello se puede

dejar de lado un segundo foco de presencias armamentísticas procedente del Mediterráneo, que se refleja en la aparición entre el siglo V y la primera mitad del IV a.C. en los ajuares de guerrero, de armas típicamente ibéricas, procedentes probablemente de una relación comercial con la Alta Andalucía ya documentada durante la I Edad del Hierro. Desde este punto de vista se entienden las falcatas y espadas de frontón encontradas ahora con cierta frecuencia en los ajuares de El Raso, así como en las tumbas más antiguas de la necrópolis de La Osera (Fig. 1.5-6).

Del mismo modo, el único tipo de coraza metálica conocido hasta el momento en la zona abulense es el modelo ibérico de discos-coraza, probablemente adoptado ahora por los elementos más destacados de la aristocracia guerrera de estos pueblos, como símbolo de estatus y poder político y económico. Este modelo de coraza conviviría con los primeros cascos metálicos, pese a que su presencia en la zona abulense

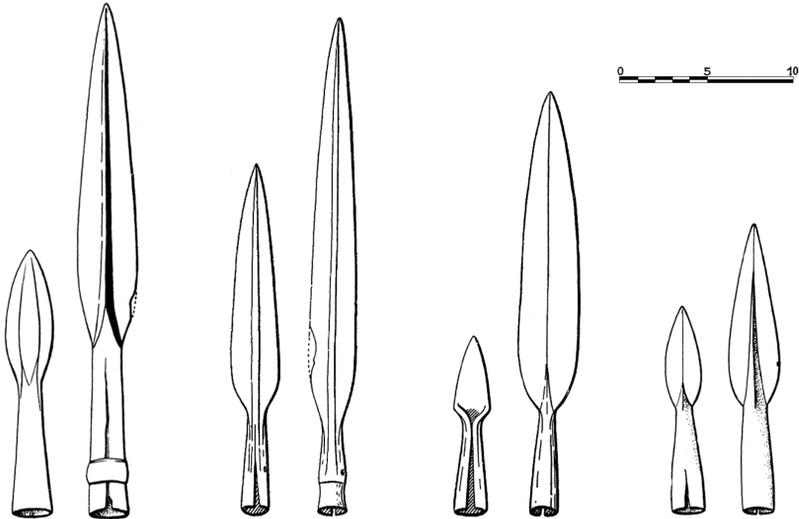


Figura 3: Asociaciones de lanzas de combate y jabalina procedentes de las necrópolis de Las Cogotas (Cabré Aguiló, 1932) y La Osera (Cabré, Cabré y Molinero, 1950).

no se constata en el registro arqueológico hasta momentos más recientes. Sin embargo, si se constata su existencia en otras zonas de la Meseta a partir del siglo V a.C. (Barril Vicente, 2003: 52-53), por lo que no parece descabellado considerar una fecha similar para su aparición en la Meseta Occidental a la espera de nuevos hallazgos que aporten más luz a este respecto.

Así, se podrían distinguir en los siglos V y IV a.C. entre una "panoplia" típica de guerrero, formada por dos armas de asta (lanza y jabalina/lanza y soliferrum), el escudo circular conocido como caetra, reforzado en ocasiones por umbos metálicos de apéndices radiales, y con cierta frecuencia completada con una espada, ya sea esta de antenas atrofiadas, de frontón o del tipo ibérico de falcata, y una "panoplia" aristocrática, que se caracteriza por añadir a las armas anteriores una serie de elementos de protección corporal pasiva como cascos de bronce o corazas metálicas, con un fuerte significado simbólico como objetos de prestigio, exclusivos de las élites dirigentes de la sociedad.

FASE II. MOMENTO CUMBRE DE LA "PANOPLIA" VETTONA (SIGLOS 2/2 IV-III A.C.).

A lo largo de los últimos años del siglo IV a.C. la "panoplia" guerrera, no sólo de la zona abulense, sino de toda la Meseta, va a vivir un desarrollo que se caracteriza fundamentalmente por un notable proceso de enriquecimiento, con la incorporación masiva de la decoración damasquinada a las vainas y empuñaduras, acompañado de la aparición de nuevos tipos de armas, y la desaparición de otros.

Tradicionalmente todo este proceso ha llevado a los investigadores que han estudiado el equipo de los guerreros peninsulares a considerar esta fase como el momento cumbre del armamento de la

Hispania Céltica (Cabré y Baquedano, 1997: 259). Sin embargo, la estructura de esta "panoplia" no difiere en exceso de la fase anterior, cambiando los tipos de armas que la conforman, pero manteniendo en esencia su configuración.

Así, las armas por excelencia continuaban siendo las de asta (Fig. 3), presentes en la gran mayoría de los ajueres funerarios y mayoritarias en los poblados. Por lo que se refiere a las arrojadizas, los soliferra parecen desaparecer a lo largo de los últimos años de esta centuria, ya que se documentan en las tumbas antiguas de La Osera, pero no se ha recuperado ningún ejemplar en contextos que vayan más allá de finales del siglo IV o como mucho inicios del III a.C., tal y como atestigua su ausencia en la necrópolis de Las Cogotas y en los niveles más recientes de La Osera. Estos serán sustituidos por jabalinas con pequeñas punta de hierro y regatón metálico que se enmangan en un asta de madera, mucho más económicas debido a la menor cantidad de metal necesario para su fabricación.

Por lo que respecta a las lanzas de combate, las grandes puntas de más de 30 cm., de probable origen ibérico, van desapareciendo paulatinamente, y son sustituidas por otras de dimensiones menores, que se convertirán en mayoritarias hasta la conquista romana. Al mismo tiempo aparece un tipo de punta muy característico del mundo celta ultrapirenaico, las puntas de lanza "flameadas" o "lanceoladas" dentro de las cuales se distinguen tanto lanzas de combate de gran tamaño como pequeñas puntas de jabalina. Este tipo de piezas se hará relativamente frecuente en la zona abulense, apareciendo generalmente asociadas a los llamados puñales de Monte Bernorio-Miraveche.

Los escudos en esta fase tienden a reforzarse con umbos más simples, desapareciendo las grandes piezas de apéndices radiales en favor de los llamados de tipo Monte Bernorio, piezas troncocónicas

abiertas, decoradas en ocasiones a base de líneas paralelas que recorren la zona superior del umbo. Menos frecuentes serían los modelos troncocónicos cerrados, o con remate central, procedentes de otras zonas de la Hispania Céltica, que no parece que llegaran a tener gran difusión en la zona abulense.

Por lo que respecta a las manillas de sujeción, el tipo predominante durante esta fase, conocido ya durante el periodo anterior, será el de aletas bitriangular, generalmente como único elemento metálico del escudo, que se reforzaría con umbos de materiales percederos. Por ello, pese a que generalmente se le atribuye un carácter ibérico (Quesada Sanz, 1997: 502; Álvarez Sanchís, 1999: 192), dada su importante proporción en los yacimientos de la zona abulense estudiados en este trabajo, se puede considerar que sería adoptado por los guerreros vettones desde al menos finales del siglo V o principios del IV a.C., al igual que ocurre con otros elementos de la "panoplia", como los puñales de Monte Bernorio-Miraveche.

Si bien se conocen otros dos tipos de manilla metálica en la zona abulense procedentes del área celtibérica y del Alto Duero, ninguno de ellos logró alcanzar en este territorio la misma extensión que las manillas de aletas triangulares, con las que convivieron.

Este equipo típico de guerrero formado por dos armas de asta y la caetra, se complementaría frecuentemente con una espada, o en ocasiones con un puñal, que empieza a aparecer en la "panoplia" vettona de la zona abulense a partir de finales del siglo IV a.C., generalizándose durante la centuria siguiente.

Los tipos de espadas que aparecen a partir de este momento se centran fundamentalmente en las variantes del modelo de antenas atrofiadas, llegado a la Meseta Occidental durante la fase anterior, mientras que desaparecen los

tipos de frontón y las falcatas, que en ningún momento parecen alcanzar una importancia similar a los modelos ultrapiroaicos. Así, las espadas tipo Aguilar de Anguita irán desapareciendo paulatinamente a lo largo de la segunda mitad del siglo IV a.C., cuando sean sustituidas por nuevas variantes de espada de antenas atrofiadas: las espadas tipo Arcóbriga y las espadas tipo Alcacer do Sal. Estos dos modelos serán los más frecuentes en las necrópolis de la zona abulense durante los últimos años del siglo IV a.C. y toda la centuria siguiente, pese a que también aparecen, si bien en una proporción muy inferior, la espada de antenas atrofiadas del tipo Atienza, producto de las forjas celtibéricas, así como algún ejemplar de las espadas célticas de tipo La Tène, que llegan a la península en el siglo III a.C., extendiéndose rápidamente hasta la Meseta Occidental gracias al flujo comercial entre la zona celtibérica y la vetona (Fig. 1).

Sin embargo, el papel de arma secundaria y objeto de prestigio, diferenciador de un alto estatus entre los guerreros de la sociedad vettona, no es ya exclusivo de la espada, dado que a partir de la segunda mitad del siglo IV a.C. esta es sustituida cada vez con mayor frecuencia por el puñal.

Durante esta segunda fase de la "panoplia" vettona el puñal por excelencia de los guerreros abulenses será el modelo de Monte Bernorio-Miraveche (Fig. 1.8), cuyos primeros ejemplares llegan hasta el valle del Amblés en la segunda mitad de la IV centuria a.C., siendo adoptados por los artesanos locales, quienes los producirán a lo largo de todo el siglo siguiente.

Por lo que respecta a los elementos de protección corporal pasiva, en este momento se tiene constancia en el registro arqueológico de cascos de bronce decorados con grandes crestas de colores vistosos, probablemente existentes

ya en la fase anterior, pero parecen desaparecer las corazas metálicas, si bien los escritores greco-latinos nos hablan de guerreros adornados con brillantes armaduras. Es posible que la ausencia de estos elementos en la “panoplia” a partir de comienzos del siglo III a.C. pueda deberse a la falta de excavaciones en la zona abulense, que como se ha venido viendo a lo largo de este trabajo no va más allá de tres grandes yacimientos estudiados y publicados en profundidad, así como a la propia escasez de estas piezas.

En definitiva, esta tercera fase de la “panoplia” vettona se caracteriza por un lado por la pervivencia de la estructura básica del equipo anterior, basado en dos armas de asta, escudo y un arma secundaria, ya sea esta la espada o el puñal, y por otro por la imposición de la espada de antenas atrofiadas como el arma más característica de estos pueblos durante las últimas décadas del siglo IV y gran parte del III a.C., frente a los modelos ibéricos de frontón y falcata que llegaron a la Meseta Occidental en la fase anterior.

Por otro lado la progresiva importancia que empieza a tener el puñal como arma secundaria, muestra el comienzo de una evolución de la “panoplia”, por la cual la espada lentamente va a ir perdiendo su papel como símbolo de un estatus elevado entre los guerreros, hasta prácticamente desaparecer en la fase siguiente, en beneficio de los distintos modelos de puñal que empiezan a aparecer a partir de la segunda mitad del siglo IV y sobre todo en el siglo III a.C.

Esta segunda fase de la “panoplia” sería por tanto un periodo de convivencia entre un equipamiento de raigambre antigua, cuyo elemento más distintivo sería la espada de antenas atrofiadas, y uno emergente, deudor en parte de la región del Duero, en la que el elemento

central desde el punto de vista simbólico sería el puñal (Álvarez Sanchís, 1999: 194). Sin embargo, como se ha visto, en el ámbito funcional no existen grandes diferencias entre ambos equipos. Tanto uno como otro comparten las dos armas de asta y el escudo como elementos fundamentales, por lo que no parece que pueda considerarse la posibilidad de que la incorporación del puñal a las armas de estos guerreros tenga por qué suponer un cambio en los modelos de combate que emplearan.

FASE III. LA “PANOPLIA” DE LAS GUERRAS CONTRA ROMA (SIGLOS II-I A.C.).

Se ha planteado que los últimos años de las necrópolis del valle del Amblés debieron situarse entre finales del siglo III y la primera mitad del II a.C. (Álvarez Sanchís, 1999: 194), si bien las sepulturas publicadas hasta ahora de la necrópolis de El Raso parecen ligeramente más antiguas (Fernández Gómez, 1997: 101).

Por ello el estudio de la “panoplia” de la zona abulense en la época de las guerras con Roma e inmediatamente anterior resulta muy problemática, ya que tan sólo contamos para su reconstrucción con las tumbas más recientes de las necrópolis del Amblés, especialmente la de Las Cogotas y alguna tumba de la Ulaca, así como los datos aportados por la excavación de los poblados.

A estos problemas hay que sumar el notable descenso del número de ajuares con armas que se constata en las tumbas de esta fase, de modo similar al ocurrido en las necrópolis celtibéricas (Lorrio, 1994: 236), explicado probablemente por un cambio ideológico en las sociedades de la Meseta que empiezan a evolucionar hacia una estructura de tipo más urbano, con la consiguiente

disolución del modelo de deposición de armas en los ajuares como reflejo de la pertenencia a las jefaturas guerreras que rigen la sociedad (Almagro y Torres, 1999: 104).

Pese a ello las excavaciones realizadas en el interior de los poblados junto con las referencias de los escritores grecorromanos, permiten reconstruir en gran medida el equipamiento de los guerreros de estas últimas sociedades indígenas de la zona abulense antes de su disolución en el mundo romano.

Así, las excavaciones de La Mesa de Miranda, Las Cogotas y El Raso, evidencian como los elementos fundamentales de la "panoplia" continúan siendo las armas de asta, con un modelo en el que lanza, jabalina y escudo continúan constituyendo el equipo básico del guerrero.

El modelo de escudo que encontramos en esta fase sería básicamente el mismo que en los siglos anteriores, una caetra reforzada por un umbo metálico,

los llamados umbos de Monte Bernorio, cuya perduración hasta el momento de la conquista se defiende por su asociación en las tumbas a puñales dobleglobulares o modelos híbridos de frontón/dobleglobular.

Esta "panoplia" básica, se complementaría a menudo con puñales y, en menor porcentaje, con espadas. El puñal por excelencia de este momento de las guerras contra Roma parece ser el modelo dobleglobular (Fig. 1.9), de origen celtibérico, si bien se conocen también puñales de frontón o piezas híbridas de ambos modelos.

La abundancia de este tipo de piezas en los poblados como el de El Raso, nos lleva a plantear la posibilidad de que en este momento el puñal haya perdido ya su carácter de arma representativa de un alto estatus entre los guerreros de la sociedad vettona, convirtiéndose en un elemento bastante frecuente de la "panoplia", probablemente como resultado de la creciente belicosidad de los pue-

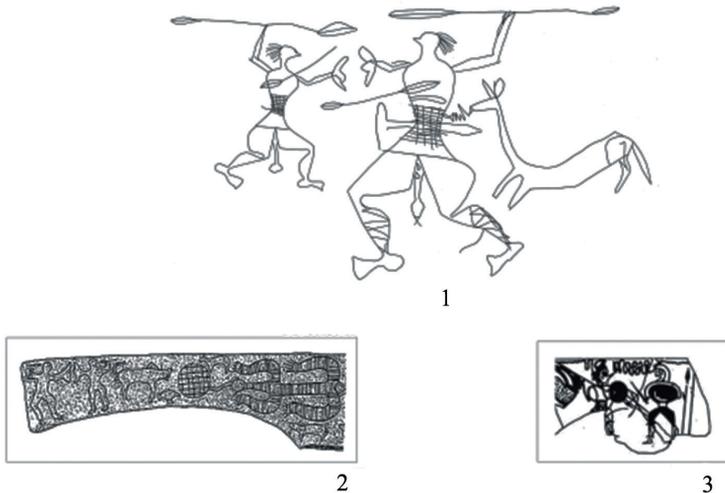


Figura 4: Representaciones de posibles "combates de campeones". 1.- Roca 3 de Vermelhosa (Foz Côa). 2.- Pomo de puñal procedente de Las Ruedas (Padilla de Duero). 3.- "Vaso de los Guerreros" de Numancia.

blos de la Meseta, dada la necesidad de volcar todos sus esfuerzos hacia la guerra para hacer frente a la amenaza directa de Roma (Ciprés, 1993: 174).

Por lo que respecta a las espadas, se conoce su uso por parte de los guerreros que las comunidades indígenas alcanzan contra los ejércitos romanos gracias a las referencias de los escritores grecolatinos (Lorrio, 1994: 236). Pese a ello, la abundancia de puñales unida a la escasa proporción de espadas que conocemos ya en esta época, lleva a plantear que este tipo de arma corta hubiera perdido el protagonismo de siglos anteriores, siendo cada vez más escasa entre los guerreros hasta llegar prácticamente a desaparecer. Muestra de ello sería su escasa representación en la necrópolis de Las Cogotas, con tan sólo tres ejemplares completos, frente al protagonismo del que gozan en las necrópolis más antiguas.

En cuanto al tipo de espada utilizada por los escasos guerreros de la zona abulense que aún emplearan este tipo de arma corta en lugar del puñal, nos encontramos con la variante del modelo de antenas atrofiadas denominada como Arcóbriga, cuya perduración se ha llevado al menos hasta mediados del siglo II a.C., y que supone el único tipo de espada encontrado en la necrópolis de Las Cogotas.

Finalmente, dada la escasez de amortizaciones de armas en las tumbas de esta fase final de la "panoplia" vettona, parece lógico que existieran o no, no se conozcan en el registro arqueológico elementos de protección corporal pasiva. Pese a ello las referencias literarias e iconográficas sobre los guerreros celtibéricos y lusitanos muestran a guerreros saliendo de las filas de los ejércitos peninsulares para, adornados con brillantes armaduras y coronados con espléndidos cascos, retar a los legionarios romanos a combates singulares (Polibio,

XXXV, 5). Por ello es posible que deba considerarse, a la espera de una hallazgo afortunado que pueda confirmarlo, que los nuevos *equites*, auténticos jefes de clanes gentilicios de la Meseta Occidental (Almagro-Gorbea, 1997: 216), marcharían al combate armados con brillantes armaduras y cascos metálicos de modo similar a como lo hicieron sus antepasados, si bien desconocemos las características tipológicas exactas de estas piezas.

LAS FORMAS DE COMBATE

Junto con las armas recuperadas por la arqueología de los poblados y necrópolis de la Edad del Hierro, el principal elemento del que disponemos para tratar de reconstruir la forma de combate de los pueblos que se vienen estudiando son las fuentes literarias. Pero estas deben tratarse con sumo cuidado, en primer lugar porque dan una visión de los guerreros hispanos restringida a sus enfrentamientos con Roma a raíz de la conquista de Hispania y la II Guerra Púnica, que no tiene por qué poder extrapolarse a los siglos anteriores, y en segundo lugar porque el tamaño de los ejércitos que las comunidades indígenas alcanzan contra Roma, así como sus formas de combate o su belicosidad y resistencia bien pueden haber sido exagerados por los escritores grecolatinos con el fin de ensalzar a sus vencedores.

Ya se ha visto como, a partir del siglo V a.C. la estructura básica de la "panoplia" guerrera permanece inalterada hasta el momento de las guerras con Roma. Cambian los tipos de armas de asta o el puñal sustituye en un determinado momento a la espada, adquiriendo sus funciones tácticas, pero la esencia del equipamiento militar se mantiene, con una arma de asta arrojada y otra de mayores dimensiones destinada al combate cuerpo a cuerpo,

el escudo circular de pequeño tamaño y un arma corta empleada sólo si se pierde o inutiliza la lanza.

Por todo ello tendemos a considerar que el modelo de combate que va a describirse a continuación no debió sufrir alteraciones de importancia desde este siglo V a.C., en que se constata por primera vez en la Meseta Occidental, hasta las guerras contra Roma, ya que un cambio en la forma de combate de estas comunidades debería reflejarse en un cambio en la estructura de la “panoplia” guerrera (Cabré y Baquedano, 1991: 58).

El estudio de esta “panoplia” parece indicar unas formas de combate centradas en los enfrentamientos cuerpo a cuerpo, dado el peso entre las armas estudiadas de lanzas de choque, espadas y puñales destinados evidentemente a combates cerrados, así como la ausencia casi absoluta de proyectiles de honda y flechas.

Si bien es cierto que conocemos un número importante de armas de asta arrojadizas, ya sean estas jabalinas o *solliferra*, se ha visto como las lanzas más pesadas, destinadas a combates cuerpo a cuerpo serían mucho más frecuentes, si bien es probable que parte de las jabalinas de esta época se fabricaran enteramente en materiales percederos. Aun así, estas armas arrojadizas parecen concebidas para ser lanzadas a pocos metros del enemigo, probablemente justo antes del choque entre ambos “ejércitos”, con el fin de eliminar a parte de los enemigos y/o inutilizar sus escudos de cara al inminente combate cuerpo a cuerpo.

Del mismo modo, la presencia de espadas cortas y puñales parece indicar un combate cerrado, en el que la pérdida de la lanza dejaría al guerrero indefenso en medio del enfrentamiento, por lo que buena parte de los ajueres con armas de la zona abulense incluyen una

de estas armas cortas. La “panoplia” no se concibe para un combate rápido en el que los guerreros lancen sus proyectiles, entablen un corto combate y después se retiren, si no para combates cerrados en los que el enfrentamiento cuerpo a cuerpo decide el resultado de la contienda.

La escasez de armas de proyectiles, como la honda o el arco, que podrían apoyar a los guerreros en los momentos previos al choque, tal vez deba entenderse en el contexto de una concepción de la guerra similar a la que Fernando Quesada (1997: 470 ss.) muestra en el mundo ibérico, esto es, una ideología guerrera en la que los combates cuerpo a cuerpo serían el centro del enfrentamiento, despreciándose las armas de proyectiles por privar al guerrero de la posibilidad de derrotar al enemigo en un heroico combate personal. En cualquier caso, de nuevo, no se debe descartar una importancia mayor de este tipo de armas de la que puede deducirse del registro arqueológico, pues las hondas y arcos se fabricarían enteramente con materiales percederos, y los propios proyectiles presentan notables problemas: si bien puntas de flecha en hierro están documentadas en los castros del Valle del Amblés, desconocemos el peso que tendrían estos mismos proyectiles fabricados enteramente en madera, con las puntas endurecidas al fuego, al modo de las jabalinas, y más problemático aún es el caso de los proyectiles de honda, tal vez simples cantos de río, con las proporciones y peso adecuados, como los aparecidos en el fondo de algunos fosos de la II Edad del Hierro, caso del oppidum de Salmantica (González, 2000: 168).

Llegados a este punto no podemos por menos que hacer referencia a una práctica referida en los textos grecolatinos y que ha venido denominándose en la bibliografía con el sugerente nom-

bre de “combates de campeones”, que no vienen a ser otra cosa que duelos entre guerreros destacados de ambos bandos. Apiano (Iber., 53) narra como con frecuencia de las líneas indígenas salía cabalgando un guerrero adornado con espléndida armadura y retaba a un combate singular a aquel de los romanos dispuesto a aceptarlo. En el mismo sentido, diversas fuentes (Polibio XXXV, 5) narran, tal vez en un intento de enardecer su figura, como el propio Escipión derrotó a un guerrero vacceo en uno de estos combates singulares.

Con frecuencia, un cierto bárbaro salió cabalgando a la zona que mediaba entre ambos contendientes, adornado con espléndida armadura, y retaba a un combate singular a aquel de los romanos que aceptara y, como nadie le hacía caso, burlándose de ellos y ejecutando una danza triunfal se retiraba.²

Esta práctica, extraña a los ojos de los soldados romanos y los escritores grecolatinos que escribieron sobre ello, se constata en el mundo céltico cada vez que los ejércitos romanos se enfrentan a los pueblos centroeuropeos (Green, 1995: 54), y se ha puesto tradicionalmente en relación con la magnífica representación del llamado “vaso de los guerreros” de Numancia. Escenas similares conocemos en otros puntos de la Península Ibérica, como sería el caso del pomo naviforme de un puñal procedente de la necrópolis de Las Ruedas (Padilla del Duero, Valladolid), en el que la decoración damasquinada representa entre otros motivos a dos parejas de guerreros enfrentados, armados con *caetra* y lanza (Sanz Mínguez, 1997: 86) o de los grabados rupestres de Foz Côa, en los límites entre la Cultura Castreña y la zona vetona (Lorrio, 2008: 258). Aquí, entre las diversas rocas grabadas con representaciones de guerreros des-

taca la escena que reproduce dos contendientes desnudos, armados con lanzas y escudos cóncavos (Fig 4).

En la propia zona abulense existe una posible representación de este tipo de combates de campeones, mediante la decoración damasquinada de un broche de cinturón encontrado en el túmulo Z de la zona I de La Osera. En él se distinguen dos guerreros enfrentados, armados igualmente con *caetra* y lanza (Fig 5).

No podemos sin embargo estar seguros de si todas estas escenas, o algunas de ellas reproducen estos “combates de campeones”, o si, como se ha señalado más de una vez, deben situarse más bien fuera del mundo real, en un plano mítico (Lorrio, 2008), como representación de una escena mitológica cuya comprensión se nos escapa.

Este tipo de combate se emplearía probablemente para resolver conflictos personales, o enfrentamientos entre poblados, limitándose así la batalla a un combate heroico en el que dos personajes destacados decidirían la suerte de sus ejércitos o incluso la de sus comunidades (Almagro-Gorbea, 1997: 213).

Si el enfrentamiento conllevara un choque entre ambos grupos, en lugar de resolverse mediante combates individuales, no es posible pensar en grandes ejércitos chocando en el campo de batalla. Los guerreros que cada comunidad sería capaz de alzar en armas serían bastante reducidos, dada la propia densidad del poblamiento de los territorios que ocupaban, y las batallas entre los pueblos de la Meseta se limitarían por lo general a enfrentamientos entre grupos de unas pocas decenas de guerreros.

En este sentido, contamos con algún estudio paleodemográfico de los castros del valle del Amblés, en el que se establece entre 200 y 225 habitantes la comunidad de Las Cogotas, y entre 300 y 370 habitantes la de La Mesa de Mi-

² Apiano (Iber., 53)

randa (Álvarez Sanchís y Ruiz Zapatero, 2001). Al ampliar este estudio a otros centros de importancia de la zona abulense, nos dan una cifra absoluta que se mueve en torno a los 5000 habitantes para todo el valle.

Si aceptamos estos resultados, y conociendo el porcentaje de tumbas de guerrero que han aportado las necrópolis de dichos poblados, es posible tratar de aventurar el número aproximado de guerreros de los que dispondrían estas comunidades.

Así, la proporción de tumbas de guerrero para Las Cogotas y La Osera respectivamente es del 2'83% y el 12'57% respectivamente (Martín Valls, 1986-87: 75 ss.). En el caso de la necrópolis de Las Cogotas ya se ha planteado como se produce una creciente descenso de la amortización de armas en las tumbas en la última fase de la "panoplia", por lo que la proporción de ajuares de guerrero resulta muy inferior. Sin embargo, la proporción de tumbas con armas de La Osera y las zonas excavadas hasta el momento de la necrópolis de El Raso, con un 17% de ajuares de guerrero, son muy similares, aportando un valor medio entre ambas necrópolis en torno al 14% de ajuares con armas, en el que se mueven también otras necrópolis vettonas como la de El Romazal I (Álvarez Sanchís, 1999: 177).

Aceptando estos datos como válidos, y tomando los valores más altos que da el estudio paleodemográfico para compensar la posibilidad de que se aplicaran otro tipo de ritos funerarios a los guerreros caídos en combate³, obtendríamos unos 30 guerreros entre los

200/225 habitantes propuestos para Las Cogotas, y unos 50 entre los 300/370 habitantes de La Mesa de Miranda. Con estos porcentajes incluso una coalición que uniera a todos los guerreros del valle del Amblés, cuya población, como ya se ha visto, ha sido estimada en torno a los 5000 habitantes, no podría reunir más de unos 700 guerreros.

Tal vez de este modo se entienda mejor porque es tan frecuente que, cuando estas comunidades deben enfrentarse a los ejércitos romanos que se internan en la Meseta, los textos clásicos hablen de coaliciones de distintos pueblos, encontrándonos a menudo a los vettones luchando contra las legiones romanas junto a celtíberos, vacceos o lusitanos (Livio 35, 7, 8).

Finalmente habría que tratar otra forma de combate o de hacer la guerra desarrollada por estos pueblos, que se conoce fundamentalmente a través de las fuentes escritas. Se trata de una forma de combate conocida generalmente como guerrilla y que se basa en la rapidez de actuación y el conocimiento del terreno. Las continuas alusiones a este tipo de ataques en las fuentes clásicas han llevado a que a menudo se considere esta táctica como el único recurso bélico de los pueblos de la Meseta ante las legiones romanas. Sin embargo, ya se ha visto como la "panoplia" estudiada en este trabajo no está pensada para atacar y retirarse rápidamente, si no para entablar un combate cuerpo a cuerpo por el que se decida el resultado de la contienda.

Sin embargo, sí que debieron ser frecuentes las racias o el bandolerismo entre unas comunidades y otras, quizás protagonizados por grupos organizados en clases de edad o frátrias guerreras, buscando probar el valor personal y un enriquecimiento a través del botín de estas campañas (Almagro-Gorbea, 1997: 210).

³ En este sentido, tanto los autores grecolatinos (Eliano, *De nat. An.*, 10, 22; Silio Itálico, III, 340-343) como la iconografía vascular celtibérica muestran la costumbre de vacceos y celtíberos de exponer a los buitres los cadáveres de los guerreros caídos en combate, que tal vez pueda extrapolarse a la zona que estamos estudiando por su proximidad

Una práctica frecuente, por tanto, en una sociedad de marcada ideología guerrera, en la que los jóvenes buscaban prestigio y riqueza en estas razzias primero, y en el mercenariado al servicio de Roma o Cartago después (Álvarez Sanchís, 2003: 111), pero en la que los conflictos entre poblados o con grupos procedentes de otros territorios se resolverían mediante pequeñas batallas entre grupos de guerreros o coaliciones de poblados centradas en torno a combates cuerpo a cuerpo con lanza y escudo, o bien mediante combates de campeones que decidirían la suerte de la contienda.

Probablemente esta forma de combate sería la que los pueblos de la Meseta plantearan para defenderse de las legiones romanas, con coaliciones de poblados o pueblos, que inevitablemente serían derrotados por la maquinaria bélica romana.

El cambio de esta forma de combate por las tácticas de guerrilla vendría dado por tanto, por la superioridad militar de las legiones romanas, que habría llevado a las comunidades indígenas a buscar una alternativa que les permitiera enfrentarse a un nuevo enemigo al que no podrían superar en combates cerrados, recurriendo entonces a su conocimiento del terreno y a los rápidos ataques que describen las fuentes. Esta táctica de guerrillas no sería por tanto la forma de lucha típica de los pueblos de la Meseta, sino un recurso desesperado por el que los guerreros indígenas trataban de enfrentarse a un enemigo con una capacidad militar muy superior, tal y como ha ocurrido en distintos conflictos bélicos a lo largo de la historia.

Para concluir, tradicionalmente se ha considerado que la caballería debía tener un importante papel en las formas

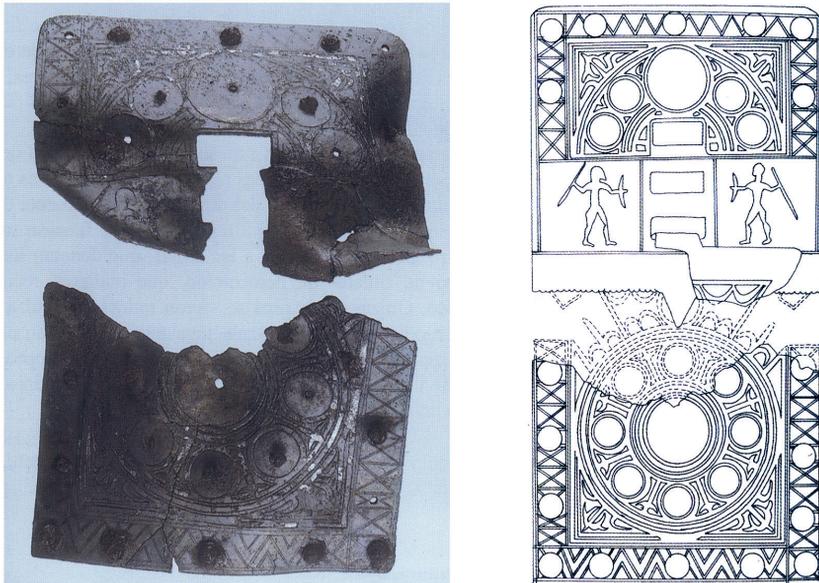


Figura 5: Broche de cinturón con decoración damasquinada representando un combate de campeones y reconstrucción del mismo realizada por M^a. E. Cabré (V.V.A.A., 2005: 170).

de combate de los pueblos de la Meseta (Cabré y Baquedano, 1991: 60), en gran medida por la imagen de excelentes jinetes que transmiten las fuentes escritas del periodo de la conquista.

Sin embargo, las evidencias que la arqueología nos aporta, no concuerdan en principio con esta concepción del caballo como herramienta para la guerra. En primer lugar, la "panoplia" estudiada parece concebida más bien para una infantería ligera centrada en el combate cuerpo a cuerpo, ya que las espadas cortas y puñales son prácticamente inservibles desde lo alto de un caballo, dado lo reducido de las dimensiones de sus hojas.

Por otro lado, la proporción de arreos de caballo en los ajuares de guerrero apenas alcanza el 14% en Las Cogotas o el 10% en La Osera, siendo inexistentes en la necrópolis de El Raso. Estas proporciones, comparadas con los 30 o 50 guerreros calculados para estos poblados, no permiten hablar de más de 4 o 5 guerreros que poseyeran caballos en estos poblados, cantidad bastante lógica si tenemos en cuenta que el caballo es un animal delicado y caro, signo de distinción y nobleza en la antigüedad (Quesada Sanz, 1997b: 188).

Por ello, probablemente durante los siglos IV y III a.C. el caballo fuera un elemento de prestigio, exclusivo de unos pocos guerreros pertenecientes a las elites dirigentes de la sociedad, al aparecer generalmente en las tumbas de mayor riqueza de las necrópolis de la zona abulense. Sería empleado para trasladarse hasta el campo de batalla, si bien los guerreros desmontarían antes del combate.

Pese a todo, las fuentes dan la sensación de la existencia de un número importante de jinetes en las fuerzas que los pueblos del interior peninsular alzaron contra las legiones romanas, y se sabe que años más tarde, celtíberos

y vettones formaran unidades auxiliares de caballería al servicio del Imperio Romano (Roldán Hervás, 1968-69: 100).

Esto podía llevarnos a plantear la posibilidad de que en los años previos a la conquista, dada la creciente demanda de mercenarios resultado de los conflictos entre Roma y Cartago, y el cambio socio-ideológico que lleva a la aparición de una clase ecuestre que sustituye a los antiguos jefes guerreros (Almagro y Torres, 1999: 104), estas nuevas elites comiencen a emplear el caballo como un arma de guerra, al servicio de cartagineses y romanos primero, y contra estos una vez que emprenden la conquista del interior de la Península, si bien la arqueología no ha proporcionado hasta el momento ninguna evidencia al respecto en la de este estudio.

BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO-GORBEA, M., 1997: "Guerra y sociedad en la Hispania céltica". La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania. Ministerio de Defensa. Madrid: 207- 221.
- ALMAGRO-GORBEA, M.; TORRES ORTIZ, M., 1999: Las fíbulas de jinete y de caballito. Aproximación a las elites ecuestres y su expansión por la Hispania céltica. Institución Fernando el Católico, Zaragoza.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R., 1999: Los Vettonnes. Real Academia de la Historia. Madrid.
- 2003: Los señores del ganado. Arqueología de los pueblos prerromanos en el occidente de Iberia. Ediciones Akal. Madrid.
- 2007: "El poblado fortificado de La Mesa de Miranda (Chamartín, Ávila) y su relación con el poblamiento prerromano del Valle Amblés". Paisajes fortificados de La Edad del Hierro: Las murallas protohistóricas de La Meseta y la Vertiente Atlántica en su contexto europeo. Berrocal-Rangel y Moret (Eds.). Real Academia de la Historia y Casa de Velázquez. Madrid: 237-254.
- ÁLVAREZ SANCHÍS, J. R.; RUIZ ZAPATEIRO, G., 2001: "Cementerios y asentamientos"

- mientos: bases para una demografía arqueológica". En Berrocal y Gardes (Eds.) *Entre Celtas e Iberos*. Real Academia de la Historia.
- BARRIL VICENTE, M., 2003: "Cascos hallados en las necrópolis celtibéricas conservados en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid". *Gladius*, XXIII: 5-60.
- BERROCAL-RANGEL, L., 2004: "Sobre las funciones emblemáticas de las murallas". *Gladius* XXIV: 27-98.
- BLÁNQUEZ PÉREZ, J.; RODRÍGUEZ NÚÑEZ, B., 2004: El arqueólogo Juan Cabré (1882-1947). La fotografía como técnica documental. Catálogo Exposición del Museo de San Isidro (Madrid, Julio-Octubre de 2004).
- CABRÉ AGUILÓ, J., 1932: Excavaciones en Las Cogotas. Cardenosa (Ávila). II. La Necrópoli. Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 120. Madrid.
- CABRÉ AGUILÓ, J.; CABRÉ DE MORAN, M^a E.; MOLINERO PÉREZ, A., 1950: El Castro y la Necrópolis del Hierro Céltico de Chamartín de la Sierra (Ávila). *Acta Arqueológica Hispánica* V. Madrid.
- CABRÉ, M^a E.; BAQUEDANO, I., 1991: "La guerra y el armamento". En V.V.A.A., *Los Celtas en la Península Ibérica*. Revista de Arqueología, número monográfico. Madrid: 58-71.
- 1997: "El armamento céltico de la II Edad del Hierro". La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania. Ministerio de Defensa. Madrid: 240- 259.
- CIPRÉS, P., 1993: Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea. Anejos de Veleia. Series minor 3, Vitoria.
- FERNÁNDEZ GÓMEZ, F., 1986: Excavaciones arqueológicas en El Raso de Candelada. Institución Gran Duque de Alba de la Excm. Diputación Provincial de Ávila. Ávila.
- 1997: La Necrópolis de la Edad del Hierro de "El Raso" (Candelada. Ávila). "Las Guijas, B." Memorias de la Junta de Castilla y León. Zamora.
- GONZÁLEZ ECHEGARAY, J. (Coord.), 2000: El colegio de la Compañía de Jesús en Salamanca (Universidad Pontificia). Arqueología e Historia. Universidad Pontificia de Salamanca.
- GREEN, M. J., 1995: *The Celtic World*. Toutledge London and New York, London.
- LORRIO, A. J., 1994: "La evolución de la panoplia celtibérica". *Madridrer Mitteilungen*, 35: 212-257.
- 2008: "El armamento vettón". *Arqueología vettona. La Meseta Occidental en la Edad del Hierro*. Zona Arqueológica, 12.
- LUIS, L., 2009 "Per petras e per signos. A arte rupestre do Vale do Cõa enquanto construtora do espaço na Proto-historia". *Lusitanos y vettones. Los pueblos prerromanos en la actual demarcación Beira Baixa – Alto Alentejo – Cáceres*. Museo de Cáceres.
- MARTÍN VALLS, R., 1986-1987: "La Segunda Edad del Hierro: consideraciones sobre su periodización". *Zephyrus*, XXXIX-XL: 59-86.
- QUESADA SANZ, F., 1997: El armamento ibérico. Estudio tipológico, geográfico, funcional, social y simbólico de las armas en la Cultura ibérica (siglos VI-I a.C.). Editions Monique Mergoïl. Montagnac.
- 1997b: "¿Jinetes o caballeros?: en torno al empleo del caballo en la Edad del Hierro peninsular." La guerra en la antigüedad. Una aproximación al origen de los ejércitos en Hispania. Ministerio de Defensa. Madrid: 185-194.
- ROLDÁN HERVÁS, J. M., 1968-1969: "Fuentes antiguas para el Estudio de los Vettones". *Zephyrus*, XIX-XX: 73-106.
- RUIZ ZAPATERO, G., 2005: Castro de Ulaca. Solosancho, Ávila. Cuadernos de Patrimonio Abulense, 3. Institución Gran Duque de Alba. Ávila.
- SANZ MÍNGUEZ, C., 1997: Los Vacceos: cultura y ritos funerarios de un pueblo prerromano del valle medio del Duero. La necrópolis de Las Ruedas, Padilla de Duero (Valladolid). *Arqueología de Castilla y León*, 6. Salamanca.
- V.V.A.A., 2005: El descubrimiento de los vettones. Los materiales del Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de la exposición. Institución Gran Duque de Alba.